



JON URIARTE

BILBAÍNOS CON DIPTONGO

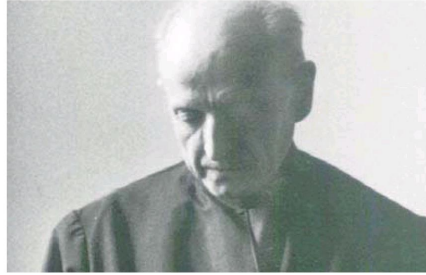
Un bilbaíno llamado Arrupe

Bilbaino universal. De esa manera se definía Pedro Arrupe y Gondra. Nació el 14 de noviembre de 1907. Mañana se cumplen 110 años. Fue bautizado, en la catedral de Santiago, al día siguiente. Marcelino y Dolores habían abandonado Mungia para afincarse en Bilbao y su hijo dio la primera bocanada en la calle de La Pelota. Para caminar con firmeza por su vida vamos a recurrir a María Jesús Cava. Catedrática de la Universidad de Deusto e historiadora de postín. Aunque ella solo presume de un título. Ilustre de la Villa. Lo que resulta perfecto para este viaje a comienzos del XX.

«No pregunte a alguien si es de Bilbao. En caso afirmativo ya se lo dirá y si no lo es... ¡vaya humillación!». Ríe Cava al recordar una de las legendarias frases de Arrupe que intentamos retener. La cascada de datos es abrumadora. Así descubrimos que su padre era arquitecto y que de las Siete Calles pasaron a

Astarloa. «Esquina con Colón de Larreategui. Justo sobre la zapatería actual», especifica Cava e imaginamos al Pedro niño asomado a los miradores que dan al mercado del Ensanche. Ese que cada mañana, desde 1914, dejaba a su derecha para acudir a Escolapios. Aunque la familia tenía querencia hacia los Jesuitas, de hecho Pedro ingresó en 'los Kostkas' en 1918, no se había construido aún el colegio de Indautxu. Pero su vinculación con el centro de Alameda Rekalde fue más allá de los pupitres. En la Segunda República, antes de partir camino del exilio hacia Bélgica, Arrupe durmió allí. Siempre lo recordaba por esos mundos.

Y también su pasión por el Athletic. Cuenta Cava, lo incluye en su obra 'Padre Arrupe, jesuita y bilbaino universal', que era un enamorado del frontón. Pero, ante todo, de los leones de San Mamés. Eran frecuentes las referencias rojiblancas en su relación epistolar con la familia. «Siendo pariente de



Pedro Arrupe y Gondra.

Oraá, presidente del club, en 1969 le hicieron llegar un banderín firmado», señala María Jesús y recordamos que fue el año de la Copa ganada al Elche. Por entonces vivía lejos y esos detalles mantenían su cordón umbilical con Bilbao. El que dejó atrás por seguir los designios de su fe, que se acrecentó cuando el dolor entró en casa. Siendo adolescente sufrió la pérdida de su madre. Al dolor personal se sumó el abatimiento del padre. Cuando en 1923 partió hacia Madrid para estudiar Medicina no podía evitar preocuparse por su declive. Marcelino moría tres años después. Pe-

dro se apoyó entonces en sacerdotes que veían en él a un alumno de firmes convicciones religiosas, pero también de brillante mente científica. De ahí que el doctor Negrín le recriminara su abandono de la carrera en cuarto curso. Años después, como presidente de la República, fue a verle a Loyola para confirmarle que le seguía admirando y apreciando. Severo Ochoa contaba que Arrupe le arrebató un año el premio extraordinario y Cava confirma que en su expediente todo son matriculas, menos un aprobado en zoología.

Pero no todo era estudiar. Te-

nia una imponente voz de barítono. Más allá de piezas religiosas, escuchaba a Wagner y cantaba canciones vascas. Así que no era raro verle entonar el 'Boga boga' en lugares como Alaska. Quizá la cantó también al cruzar los mares, destino Japón. Pocas crónicas hay tan impactantes como la suya sobre la bomba de Hiroshima. Fue testigo. Y su escriba. Lo contó con el alma rota. Amaba como propia aquella isla que primero le arrestó, imaginándole espía, y después le admiró.

El sacerdote delgado, calvo y asceta que hablaba algo de euskera, castellano, alemán, francés, inglés y japonés, supo aunar el mensaje jesuítico con la filosofía oriental. Y, sin ser oficialmente médico, aplicó sus fórmulas terapéuticas en la recuperación de los heridos. Siempre, por cierto, manteniendo su txirene flema botxera. Como cuando, tras un terremoto, le llamó preocupada su familia a Japón y él les respondió que había sido «un sirimir». Quienes le conocieron aseguran que portaba una eterna sonrisa, entre mística y pícara. Bien pensado, la mejor que puede lucir por esos mundos un paisano con fundamento. O, lo que es lo mismo, un bilbaino universal.